

Presentación

En 1945, en un mundo devastado por la guerra, nacía la Organización de Naciones Unidas. Con este número monográfico, *Cuadernos de Historia Contemporánea* celebra la conmemoración cincuentenaria de una Institución definitoria de nuestro tiempo, concebida como un árbitro internacional que garantizase la paz. «Asociación voluntaria de naciones que persiguen metas comunes» (Trigve Lie), «Asamblea mundial de Estados soberanos, las Naciones Unidas, nuestra mejor y última esperanza» (John F. Kennedy), «gran Parlamento de la Humanidad» (U Thant), la noción de la existencia de un cónclave donde se oiría la voz de los pueblos ha estado siempre presente en sus responsables y en los estadistas de posguerra.

Ineficaz en ocasiones, su aportación a la solución de los problemas ha sido decisiva. Así lo reconocía el presidente Eisenhower: «Con todos sus defectos y con todos los fracasos que podamos anotar en su cuenta, las Naciones Unidas representan aún la esperanza mejor fundada que el hombre tiene para llegar a sustituir el campo de batalla por la mesa de conferencias.»

Tras la trágica experiencia de la segunda contienda mundial, el primer objetivo era la prevención de la guerra. Viejo sueño. Hace cuatro siglos, el insigne Francisco de Vitoria aconsejaba agotar antes los medios pacíficos, examinando las causas y prestando oído a las razones del adversario: «Oportet ad bellum justum magna diligentia examinare justitiam et causas belli, et audire etiam rationes adversariorum...». Añadía en sus *Relecciones* que las injurias leves no autorizan el recurso a un instrumento que trae males atroces:

«Cum ergo quae in bello geruntur, omnia sint gravia et atrocía, ut cedes, incendia, vastationes...». Muertes, incendios, destrucción, los males de la guerra superan siempre a las causas que la provocan. Pero la Organización Internacional no se limita a prevenir «a las generaciones venideras del flagelo de la guerra», como recoge el Preámbulo de la Carta, sino que de forma constructiva insta a «convivir en paz y como buenos vecinos». El concepto positivo y activo de paz ha llevado a la intervención en conflictos, para interponerse entre los combatientes y facilitar ayuda humanitaria. Es una tarea cuyo volumen ha crecido constantemente; en operaciones de mantenimiento de la paz se ha pasado de emplear 10.000 personas en 1987 a 85.000 en 1993.

En otro orden de cosas, el respeto a los derechos del hombre se ha convertido en credencial de civilización. La Declaración Universal de Derechos del Hombre de 10 de diciembre de 1948 es un texto de tal trascendencia, que justificaría por sí solo la existencia de la ONU. Además, a través de sus organismos asociados —UNESCO, UNICEF, FAO, OMS, etc.—, problemas de ámbito planetario, como la degradación del medio ambiente, la explosión demográfica, el hambre o el analfabetismo, han empezado a ser estudiados y combatidos. En una humanidad solidaria no es la guerra el único enemigo. En su discurso de toma de posesión, en enero de 1961, el presidente Kennedy llamaba a la «lucha contra los comunes enemigos del hombre: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra misma». Esta ampliación de la lente sobre los problemas del mundo ha multiplicado la actividad y el coste. En 1992, Boutros Boutros-Ghali presentaba la «Agenda para la Paz», en la cual se recomendaba la identificación de zonas potenciales de inestabilidad por medio de un sistema de alerta rápida. Se refería el Secretario General a posibles focos bélicos, pero la Agenda se planteaba además la erradicación de ciertas lacras, porque un mundo dividido por lo que Pérez de Cuéllar llamó «telón de la pobreza» no puede ser un mundo seguro.

La prevención de conflictos, concepto más amplio que el de guerras, requiere la solución de sus causas: injusticia social, desesperación económica, represión étnica, opresión política. Los desafíos son de enorme magnitud. Y no disponemos de otro areópago para debatirlos y afrontarlos.

El número se abre con un artículo del Secretario General, Boutros Boutros-Ghali. *Cuadernos de Historia Contemporánea* se honra con la colaboración del eminente internacionalista egipcio. «Nuestro papel no se limita al mantenimiento de la paz», sostiene, aludiendo a los nuevos desafíos y expresando el deseo de que sea noticia la lucha silenciosa de la ONU por un mundo más justo y solidario. Varios trabajos exploran la institución y sus actividades. En su estudio «La ONU por dentro», Antonio Viñal realiza una radiografía precisa del funcionamiento de los diversos órganos, así como de la forma en que percibe cada una sus competencias. Ángel Viñas escudriña en el delicado engranaje del Consejo de Seguridad. Manuel Pérez González

se centra en las operaciones de paz, un mecanismo alternativo a la intervención de fuerza. J. U. Martínez Carreras vuelve sobre su tema de la descolonización, una de las cuatro *des*, con derechos humanos, desarrollo y desarme, consideradas como las grandes contribuciones de la ONU al mundo de nuestro tiempo. Otro grupo de trabajos se plantean las relaciones de España con Naciones Unidas: Alberto Lleonart, primera autoridad española en la materia, estudia el ingreso; el trabajo de Antonio Fernández y Juan Carlos Pereira, la percepción española con sus constantes cambios a través de cuatro fechas cruciales, y Sonsoles Cabeza Sánchez-Albornoz, la perspectiva de los republicanos, la «otra España».

Cuadernos de Historia Contemporánea agradece a los autores sus aportaciones en la convicción de que un conocimiento más cabal de esta institución cincuentenaria equivale a una visión más certera del mundo en que vivimos.

A. F. G.